

CONTRIBUCIÓN A LA REALIDAD, por *Benjamín Subercaseaux*.—
(Editorial Letras)

El ensayo no ha sido en Chile, hasta hoy, uno de los géneros más ricos. Le ha faltado bizarría y hondura. Se ha detenido en lo político, sin ahondar mucho en la raza y en el sexo. Tenemos algunos libros ejemplares: *Nuestra Inferioridad Económica*, de Encina; *Chile y los Chilenos*, de Cabero; los libros de Alejandro Venegas, algunas páginas de Alberto Edwards, de Domingo Melfi, de Carlos Keller, y muy poco más digno de considerarse. En el último tiempo, han surgido algunos jóvenes de cierto brío, que están animado de intenciones excelentes, pero aún no se concretan inquietudes en una interpretación cabal de nuestros problemas y de nuestra realidad.

Benjamín Subercaseaux había escrito varios libros. Algunos de tendencia didáctica, otros de libre análisis de asuntos espinudos y algunas novelas cortas y cuentos de calidad novedosa por los temas y los ambientes. En su personalidad se notaba bastante inquietud, mucho amor propio y una dedicación serena a la investigación y al razonamiento. Es un producto de la ordenación francesa, del método analítico y severo, de la cultura europea puesta al servicio de una curiosidad de descubridor de problemas y de soluciones chilenas.

Ahora Subercaseaux intenta una empresa de más vuelo que, con aparente modestia, envuelve bajo el título promisor de *Contribución a la realidad*. Esto es, antecedente, preparación a lo real.

En el libro que nos ocupa hay once ensayos que abarcan temas tan diversos como el sexo, una psicología del chileno, el sexo en la literatura nacional, el roto, el siútico, el caballero, la deshumanización de la persona bien, el francesismo en la literatura chilena, las dificultades del escritor, el autor y la obra y el escritor como profeta.

Estos ensayos, unidos por un nervio común, promueven el interés. Agitan ideas y problemas. No se quedan en lo vulgar. Más bien provocan al lector y estimulan su curiosidad hacia materias y tópicos que no siempre son afrontados con valentía o independencia. Tratan de penetrar en ciertas esencias recónditas de la chilenidad que no consisten en las vulgares afirmaciones repetidas con cierta constancia por los historiadores y los ensayistas anteriores.

Desde luego, Subercaseaux intenta levantar el velo del problema sexual y pretende, por medio de afirmaciones curiosas y de generalizaciones en que hay reminiscencias de lecturas y de estudios psicológicos y médicos, sacar algunas teorías aplicables a nuestra tierra. Pero este capítulo, con ser interesante, no da la impresión de algo consistente y ordenado. Tiene mucha precipitación y cierto colorido difuso. Más bien deja la sensación de que un espanta burgueses ha hecho uso de sus experiencias y de sus lecturas sin penetrar a fondo en la evolución de los instintos sexuales en Chile. Pudo su autor intentar una cosa más consistente y que diera luz a un asunto que espera un intérprete definitivo. Por ejemplo, nos parecería interesante estudiar el erotismo colonial, que tuvo grandes explosiones genésicas en La Quintrala y abismos extraños en los conventos. En seguida, la criminalidad erótica, los procesos brutales que hay en los archivos judiciales, los importantes acontecimientos pasionales que, a veces, han sacudido bruscamente en el siglo diecinueve y a comienzos de este, los cimientos pelucones de Santiago. Subercaseaux abunda en observaciones curiosas, en aciertos y en atisbos de buen psicólogo, pero defrauda al lector que busca una penetración más honda en las raíces de la sexualidad chilena y en sus fuentes mestizas.

En «Apuntes para una Psicología del Chileno», Subercaseaux expresa, con mayor claridad, su temperamento de descubridor o de aventurero en un mundo del que ha estado ausente por muchos años. Mira a los chilenos como a unos grandes insatis-

fechos, a unos perpetuos incomprendidos. La razón de esto—dice—es muy sencilla: no saben gozar de la vida, no pueden gozar de la vida».

Tienden a los estados depresivos, sin triunfo y sin alegría.

Agregaremos, por nuestra cuenta, que los chilenos son inconstantes en las empresas, sean estas artísticas, literarias o de otro orden cualquiera. En nuestra literatura abundan los abúlicos, los que han comenzado con brillo, los escritores de un solo libro, los vencedores fáciles de un efímero éxito.

No todo es negativo en lo que dice Subercaseaux. Considera a los chilenos como un pueblo contradictorio en el orden psicológico. También los halla atormentados e interesantes al compararlos con otros pueblos y con otras razas.

Se ha abusado mucho de la afirmación de que somos un pueblo fatalista. Por de pronto, salta a la mirada que en los chilenos hay mucha vida de ensoñación y de aparente vida interior. Nuestra poesía da esa impresión. Es una poesía de curiosa contextura donde los elementos eróticos llegan hasta lo enfermizo y donde hay enmarañadas tristezas y melancolías de estricta raíz indígena.

Los críticos buscan fuentes exóticas en los temas de la Mistral o de Neruda.

Algunos se inquietan persiguiendo raíces palestinas en la autora de *Desolación* y flúidas esencias rilkianas en el autor de *Crepusculario*.

Es muy importante el ensayo de Subercaseaux sobre «El sexo en la Literatura Chilena». Desde luego tiene el mérito de ser el primero que sondea un asunto que hasta hoy parecía «tabú».

En lo que toca a los poetas coloniales no da Subercaseaux una gran idea de su conocimiento de esa literatura. Se basa en ensayos de segunda mano y no penetra bien en el complicado laberinto renacentista de Ercilla y de Oña. Desde luego, el segundo

de esos poetas merece más que las escuetas líneas que le consagra el autor de *Contribución a la Realidad*.

Es curioso el descubrimiento que hace Subercaseaux de la «voluptuosidad visual» de Magallanes. En este poeta vive, con llama pura, el sexo. Es uno de los primeros chilenos que posee lo erótico y lo expresa con voces ardientes y finas. En seguida, estudia a Edwards Bello, a Prado, a Latorre, a Victoriano Lillo, a Salvador Reyes, a la Mistral y a Neruda. Aparte de otros de menor importancia.

Subercaseaux se entusiasma con Joaquín Edwards y lo considera el más completo e interesante de los escritores nacionales que se ocupa en cosas sexuales. «En nuestra literatura,—dice—el sexo es terriblemente interesado, esto es, al margen de toda relación amable, recíproca, fraternal. La violación ocupa un lugar importante en él». (Página 131).

Y agrega: «Si Edwards Bello es el pintor de nuestro carácter sexual, Neruda es el legítimo cantor de nuestro tipo sexual. Los dos han realizado la obra admirable de «salvar lo que se había perdido». (Página 137).

Con todo lo incompleto que es este estudio, no deja de tener interés y constituye un aporte a un análisis más vasto de la ardua materia. Se ha observado anteriormente que la literatura chilena no es rica en grandes tipos femeninos. También se le ha criticado la ausencia de la pasión y de lo arbitrario. Es una literatura, en cierto modo, ordenada, que aún no ha creado los caracteres simbólicos de la raza y de su pujanza. En otros países del continente, como en el Brasil, abundan los grandes tipos pasionales y las descripciones vigorosas de escenas de amor. Aquí culmina todo con la violación. Y en esta materia es algo magnífico lo que reproduce Subercaseaux de *El Roto* de Joaquín Edwards Bello.

Desde los tipos románticos que pintó Blest Gana y a través de los idilios que reproduce Orrego Luco no ha prosperado mucho la literatura nacional en el terreno erótico. Pero hay que ser precisos: nos referimos al erotismo integral, con todas las complejas

acciones y reacciones del sexo. No simplemente al acto de la posesión que tiene variados pintores en la novela y el cuento modernos. Tiene razón Subercaseaux en esta materia como en otras de su agudo libro.

Esperamos que en el futuro otros investigadores de nuestra realidad aumenten y perfeccionen los descubrimientos en una de las materias de más interés que existen en la sociología y la crítica nacionales.

* * *

El capítulo más sentido del libro de Subercaseaux es el titulado «El roto o el triunfo de la inmortalidad». Es un acierto de observación en que las características de nuestros hombres del pueblo aparecen miradas con simpatía y con las sintéticas ventajas del que ha vivido mucho tiempo ausente del terruño. Y a este respecto conviene observar que ciertas deficiencias o ingenuidades del ensayista son el producto de un hecho tan simple como el redescubrimiento que hace de la realidad chilena. Esto le da una percepción curiosa que capta detalles originales y ve a las cosas desde un ángulo particularísimo. Y, en otras ocasiones, lo hace aparecer revelando cosas que ya otros habían definido. Sin embargo, en toda la lectura de *Contribución a la Realidad* no nos abandona el agrado y aún en aquellas materias en que estamos en desacuerdo con el escritor no hay de por medio una atmósfera antipática.

«El siútico o la comedia en serio» y «El caballero o la negación del espíritu», son dos excelentes capítulos de psicología colectiva. En el siútico ve Subercaseaux su susceptibilidad, su falta de sentido de la ironía y la gravedad consiguiente. La siutiquería es fuga a otro estado que se considera más seguro y la cursilería, en cambio, es estática, satisfecha de sí misma.

El siútico no es solamente un hombre de la clase media. Hay el siútico de la clase alta, entre la cual abundan ejemplares

verdaderamente inconfundibles que han impreso carácter a sus épocas con los muebles, los trajes o las frases de estilo.

Pero Subercaseaux usa los mejores instrumentos de su espíritu crítico cuando analiza al caballero chileno. Estima que en la clase alta chilena no hay principios y que estos no se aprecian. Es una gran verdad y de ahí nace la ausencia de caudillos morales o intelectuales en su seno. Sus destinos han quedado entregados entonces a los advenedizos, a los siúticos trasplantados que creen interpretarla y que son como asimilados de honor en su campo.

A falta de grandes virtudes intelectuales, la clase alta chilena posee en un grado eminente la de la solidaridad. Pero obra sólo a la defensiva, al revés de otras clases altas que han tratado de conservar su estilo de vida y de perfeccionarlo y adaptarlo a las difíciles condiciones de la época.

No puede decirse que en Chile tenemos estrictamente una aristocracia. Más bien domina una plutocracia que día a día es invadida por insolentes advenedizos y por nuevos ricos que, a juicio de Subercaseaux, simulan mejor la cultura que los descendientes de los viejos patricios y de los antiguos encomenderos. Su resistencia altiva y su falta de comprensión al instante crean obstáculos pasivos al desenvolvimiento de nuestro pueblo. Es una clase que aún obra por presencia y que infunde un extraño respeto a los hombres de la clase media, cuyos sueños de arribismo están realizados el día en que ven abiertos los salones o accesibles las mesas de los llamados oligarcas.

Subercaseaux condena con energía y libertad los defectos psicológicos de la clase alta chilena y estima que constituye hoy un lastre para el desarrollo progresista de la nacionalidad.

Los restantes ensayos son inferiores en calidad a los que hemos comentado con referencias detalladas. Pero están salpicados de ideas curiosas, de observaciones peregrinas que en ningún caso entrañan el menor contenido monótono.

Subercaseaux se coloca, con esta obra, entre los ensayistas chilenos. Es un buen razonador. Trata de imprimir un ritmo

lógico a sus observaciones. Poco tiene de la escuela intuicionista que toma como modelos a Waldo Frank o a Keyserling y que se ha revelado magistralmente en la *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada o en *Historia de una Pasión Argentina* de Eduardo Mallea.

En Subercaseaux se nota el lastre lógico del experto en disciplinas filosóficas y la ausencia absoluta de ensueño o de poesía. No se deja arrastrar a ninguna fantasía. Prefiere analizar y contribuir a nuestra realidad con bloques de sólido realismo o de aventuradas afirmaciones sexuales.

Como escritor es agradable aún en medio de serios descuidos y de algunas incorrecciones de escasa importancia. Pero domina siempre el resorte animador, la agudeza pronta, la referencia meritoria y oportuna.

De este modo y con tales aportes, algún día podrá conocerse nuestra realidad que es más compleja de lo que parece. Ni el roto fatalista, según algunos, ni el caballero yacente y fanfarrón, ni el siútico, enamorado de las fantasías y que se fuga hacia los preciosismos, han sido todavía descritos en una obra que interprete toda la pasión y el color de Chile. Para ello hay que unir al historiador y al artista, al psicólogo y al sociólogo en un solo denominador del que saldrá la fisonomía austera y complicada de la raza.—RICARDO A. LATCHAM.

CALLE RICANTÉN, por *Armando Rojas Castro*.—Ediciones «Diana». Santiago de Chile, 1939

Para muchos ha sido una sorpresa saber que Armando Rojas Castro es escritor; le conocíamos en actividades muy diferentes a las literarias, y esta sorpresa se acentúa cuando, leído su libro, comprobamos que éste revela calidades literarias poco comunes. En efecto, en *Calle Ricantén 300-399* encontramos re-